

LLUÍS XABEL ÁLVAREZ

LA VOZ DE ASTURIAS – MAR DE FONDO – AÑO 2002

Noviembre

A la vera (de) Santuyano	2
Franco y la mesa redonda	3
Pobreza y mestizaje.....	4

Diciembre

Memorias vivas	5
Prestigio y galipote.....	6
Navidades no tan blancas.....	7
Cuento de San Silvestre	8

A la vera (de) Santuyano

Este año capicúa se resigna a los rigores otoñales, ido ya el veranillo de San Martín, y mi corazón se revuelve hacia cierto pasado que, a la postre, me ha dejado más o menos donde estaba: muy cerca de la iglesia de Santuyano y de nuevo en las páginas de este periódico.

Por esta misma estación del año pero bastantes lustros atrás, D.Carlos Cid, mi profesor de Historia del Arte, solía bajar a los alumnos de Filosofía y Letras desde la Plaza Feijoo, donde entonces estábamos, a ver el templo que el rey Alfonso II el Casto había ordenado construir extra-muros de la ciudad de Oviedo mucho antes aún: hace más de mil años. Como yo mismo me he convertido entretanto en un profesor de menor autoridad pero de parecidas materias a las que D.Carlos enseñaba he tenido ocasión de explicar también el monumento –el que se llama oficialmente iglesia de San Julián de los Prados- a otras generaciones de estudiantes. Les insisto en lo que me parece más pedagógico: que Santuyano era un edificio polivalente, lo mismo servía al culto cristiano que a las reuniones áulicas de la corte.

Los universitarios del Campus de Humanidades somos ahora vecinos estrictos de Santuyano y formamos parte de una fase urbanística de nuestra ciudad que entre viviendas, parques y grandes comercios se extiende hacia la costa y hacia la ciudad hermana de Gijón. Y si desatendidos de la tarea y de la rutina diaria elevamos un poco los ojos en busca de una buena perspectiva del monte Naranco podemos contemplar a lo lejos en los impagables días soleados las joyas doradas de los otros dos monumentos de nuestra edad media, Santa María y San Miguel. Su mínima mole contrasta en la falda de la ovetense colina con la más pesante de lo que es ahora la sede del Centro Asturiano -un ejemplo típico de la arquitectura civil del siglo veinte-. Tampoco puedo dejar de pensar en los mil años que presiden la mínima distancia física que separa a esos edificios.

Supongo que tengo alrededor un país liliptiense en el que incluso lo grande es bastante pequeño, pero no puedo dejar de ver y vivir esta tierra de Asturias como una tierra que tiene al menos esos mil años de historia. No puedo dejar de creer que este empeño mío –y de mucha más gente- posee su sentido social: ¿no estaría bien que por encima de las coyunturas económicas hiciéramos entre todos que esa herencia fuera meditada y vivida como se merece? ¿Que la pusiéramos en la mesa a la hora de negociar el futuro, como otros hacen, pero mejor?

Noviembre 2002

Franco y la mesa redonda

Se estaba muriendo Franco y ya los sociólogos vaticinaban que Asturias sería para los sindicatos, en la futura España democrática. Y acaso lo recomendaban: puesto que se avecinaba una inevitable reconversión de la minería y de la siderurgia, en función de un espacio económico europeo, era necesario preservar en Asturias la paz social mediante las correspondientes ayudas. Y así ha sido. Puesto que los sindicatos ante todo –y no el gobierno autónomo, por ejemplo- se han encargado de canalizar y materializar esas ayudas, ¿se puede extrañar alguien de que sean los partidos políticos obreristas quienes dominen la situación como reflejan inevitablemente las encuestas? ¡Ah, grande es el poder de la estructura social y gran verdad es que la gente vota según sus intereses de clase!

El general Franco dijo de sí y de su gobierno excluyente y autoritario que Dios y la historia (nada menos) los juzgarían. Así va a ser sin duda, para ellos y para todo lo demás, a su debido tiempo. Pero para el franquismo, me parece, aún no ha llegado: cuando se produce una guerra civil de intensidad máxima como lo fue la nuestra, tan destructiva y profunda que obliga a refundar las bases de la convivencia, del sentido de la nación y del estado mismo, han de pasar varias generaciones antes de poder contemplar el desastre en adecuada perspectiva. (Hay quien dice: hasta que no esté en el mundo de los vivos el último de los ciudadanos que la vivió). Pero ya pueden decirse algunas cosas. Tampoco significó Franco lo mismo para quienes lo tuvimos como motivo principal de nuestra adolescencia: para unos era casi un símbolo de la Represión Absoluta, pero más bien en plan psicológico y evanescente; para los más, en cambio, era el represor bien concreto de su familia y de sus opciones, cuya caída se esperaba con una tensa y resignada impaciencia. Muy pocos meses después de la muerte de Franco me llevaron a una de esas mesas redondas, para hablar de la nueva e inminente constitución. Dije que la futura Asturias autónoma debería de participar en la gestión de la empresa pública. El resto de la mesa dijo que Asturias no podría ni debería ser autónoma porque no podría hacerse cargo de la empresa pública. No se levantó ni una sola voz que hablara en nombre de la comunidad asturiana, a la que ni siquiera reconocían. Hablaban sin saberlo de la mayoría, del sedimento inercial y contundente de su posición en la estructura de clases. Muy justo. Pero no había allí ninguna propuesta política que removiera ese sedimento a favor de toda la comunidad. ¿Es que la hay ahora?

Noviembre 2002

Pobreza y mestizaje

Ahora que el ciclo del carbón se acaba convendría que fuéramos pensando en nuestra pobreza, puesto que Asturias fue pobre –al igual que otras tierras de orografía dura y agricultura desagradecida- hasta que apareció el oro negro que mueve la producción industrial. ¿Comenzará ahora a cambio el ciclo asturiano del petróleo? Es broma, que diría Cassen.

Pero lo cierto es que siempre se discutió mucho sotto voce aquí de si éramos o no éramos ricos. Prácticamente desde que la revolución anterior a la del carbón –la del maíz y la patata- logró que la gente se reprodujera a mayor velocidad de la que se moría. Por eso los clásicos de nuestras letras escribieron tanto de la bayura de Asturias. Una abundancia que se reducía desde luego a la cantidad de distintas frutas y a lo espeso del follaje, riqueza que algunos como el poeta Acebal pretendían contraponer a la inevitable entrada en una dura modernidad de chimenea, explotación y socialismo. Yo les tengo ley a esos ortodoxos disidentes, a esos carlistas rezagados que creyendo exaltar la aldea idílica y perdida defendían de hecho una cierta continuidad identitaria, y los prefiero, desde luego, a muchos supuestos heterodoxos. De varios modos el ciclo del carbón, que duró un siglo, fundó aquí un pequeño espejismo de riqueza que ni tenía en cuenta quiénes eran en realidad los amos del capital ni era capaz de reducir a sus justos términos la aurea mediocritas de un salario bien ganado. España está ahora mucho más equilibrada en el desarrollo de sus comunidades y nosotros nos movemos, como nuestro fútbol, por los últimos puestos de la tabla del P.I.B. Por eso el “grandonismo” está de capa caída, aunque de siempre se supiera que para “grandones” esos de Bilbao, que no tienen metro, no, que tienen – como dice el chiste- “kilómetro”.

Los de Bilbao añaden últimamente a sus graves preocupaciones la de que no les llega emigración multirracial. Pero no creo que sea por cuestiones de seguridad, ya que esa emigración está acostumbrada en su mayor parte a una inseguridad mayor que la que padece la rica Euskadi. ¿No será que hay ahí un núcleo fuertemente conservador en la estructura del trabajo y de otras cosas que presenta resistencia a la mera posibilidad del mestizaje? La pobre Asturias, en cambio, puede ser un buen laboratorio multirracial porque está abierta como siempre al mestizaje. Pero para ello tendrá, digo yo, que proyectar y ofrecer ‘algo propio’. Por modesto que sea.

Noviembre 2002

Memorias vivas

El puente de la Constitución, el “puentón” que incluye también la fiesta católica de la Inmaculada, propicia el recogimiento y el recuerdo. El carácter sagrado, según para quién, de ambos eventos ha hecho que algún gracioso haya querido fundirlos como fiesta de la Inmaculada Constitución. Además la gente de bien suele dedicar estas semanas a reavivar la memoria de sus muertos y a tener decentes sus habitáculos en orden a una razonable eternidad, antes de que se echen encima las agitadas fiestas navideñas.

Y tal vez porque lloro estos días una muerte muy sensible, la hija de un amigo, es por lo que me asalta la memoria de tantos con quienes, arrebatados ya del escenario de la vida, hubiera querido intercambiar más réplicas. Ciudadanos notables como Luis María Fernández Canteli, a quien conocí cuando era director del viejo Ateneo de Oviedo –hace más de tres décadas- y que siempre se paraba en la calle conmigo para elogiarme los esfuerzos en pro de la lengua asturiana. O Luis Arrones, animoso y diligente promotor de la música, cronista impagable de nuestra ópera, amable y discreto conversador, dentro y fuera del teatro. ¿Y qué decir de Manolo Avello, tan íntimo de mis tíos, maestro de periodistas, verdadero epítome del humor carbayón y creador de un lenguaje urbano y popular que él mismo usaba con tanta gracia?

Echo de menos a mis compañeros de adolescencia, a Nacho Martínez Navia-Osorio y a José Doval, valiosos amigos escondidos en la noche eterna, como dice Shakespeare. Los evoco con reconocimiento y así los reencuentro. Veo al actor Nacho Martínez en los procelosos escenarios de la movida, colocando allí su hondura, su talento y su alegre compromiso. Veo a mi condiscípulo Doval, fino intérprete, atento y cuidadoso conocedor de todos los panoramas de la cultura. Puedo repasar las películas de Nacho o los escritos de Jose, pero más me gustaría que hubieran permanecido los dos entre nosotros para que su nivel mejorara el nuestro. Cambio de escena: en un día gris de 1995, con la mole de la Universidad Laboral de Gijón al fondo, despedíamos una multitud a la poeta María Teresa González. Era una persona de pasión intensa y búsqueda vital cuyos versos, en su lengua playa, era difícil a menudo no compartir. Uno de ellos advertía de que ella quisiera inventar una imagen y atrapar en el tedio una palabra que nadie hubiera escrito. Supongo que seguimos en ello.

Diciembre 2002

Prestigio y galipote

Los corrillos que frecuento han sacado un par de conclusiones principales del desastroso suceso del último galipote invasor: que la eficacia del estado parece haberse hundido con el barco contaminante “Prestige” y que por sus grietas se escapa también el prestigio y la credibilidad del partido del gobierno. Pero el análisis político inmediato –es decir, electoral- requiere matices. Esos votos manchados y perdidos podrá recuperarlos el partido del gobierno, no sin dificultad, cuando el impacto del desastre amaine y las campañas preelectorales den lugar a la exhibición de nuevas realizaciones y patentes inauguraciones. Que la torpeza y la arrogancia de un gobierno ensimismado en los problemas internos de la sucesión de Aznar favorezca las aspiraciones de nacionalistas y socialistas tanto en Galicia como en el resto de España es lo normal. Lo malo es como siempre que la gente sufra y que se sienta desprotegida, a pesar del paliativo de las ayudas que –menos mal- están siendo asignadas. Lo malo es que el derecho internacional siga anclado en la época decimonónica en la que el libre comercio era el objetivo democrático y hasta antiimperialista por excelencia: hace falta reformarlo para adecuarlo a otra época –la nuestra- en la que el objetivo principal es la protección de los recursos naturales y del habitat de los ciudadanos. Sólo así se podrá sustanciar como se debe la responsabilidad de los armadores de tales barcos-trampa, sólo así podrá ese añorado poder estatal –probablemente el de la comunidad europea en nuestro caso- acudir al remedio inmediato y eficaz de los accidentes de envergadura como este.

Pero en la política de arco largo hay otro factor, que aflora en el caso de este antipático y peligroso galipote que amenaza también a nuestra parte de litoral cantábrico. Pasa que las clases dirigentes conservadoras no están por la labor de conservar nada si pueden evitarlo. No son de eso, sino del mundo de las finanzas, de la empresa (libre, por supuesto), de las operaciones grandes de grandes corporaciones. Eso y el “marketing” de la maquinación son su fuerte y en ese campo, qué duda cabe, dan lo mejor de sí. Prefieren el maquillaje a la ecología. Cuando sobreviene una emergencia pública que afecta a modos de vida inferiores –es decir, sin incidencia en la macroeconomía- y las cosas por lo que sea vienen mal dadas, pues a reclamar al maestro armero (si no es que está en ese momento sacándole brillo a las escopetas de la próxima cacería).

Diciembre 2002

Navidades no tan blancas

Cuando no había que preocuparse por la Navidad porque otros la preparaban – eso ocurría en mi caso hace más de treinta años- era divertido recibir a los familiares y amigos que venían de visita. ¡Qué orgullo en sus ojos por las novedades que traían de Madrid y del extranjero, por las noticias frescas de que pronto todo cambiaría! (Para mejor, se entiende). Eran fascinantes sobre todo las amigas de los amigos: ¡qué lacias y libres melenas, qué maquillaje turquesa sobre los párpados, qué despliegue de abrigos larguísimos y espesas bufandas! Hasta el Naranco amaneció un día cubierto de nieve y allá se lanzaron impacientes, imprudentes, los esquís de la juventud dorada.

Pero la Navidad no es tan blanca y nunca lo fue. Por ser la fiesta de las fiestas que celebra nuestro bienestar y nuestra unión una moralidad mínima nos obliga a tener en cuenta a quien malvive excluido de ese círculo. Y además no se trata sólo de que la pobreza y la zozobra de otros sean unas sempiternas aguafiestas. Es que el fondo oscuro de la obligada fiesta lleva en sí el severo peso de una delicada trama de deberes. Antes que una diversión libre la fiesta es una ceremonia reglada en la que las reglas de participación van cambiando con modos y ritmos imprevistos. Hay gente a la que eso le cansa y por eso odia la Navidad. Por ejemplo, los mayores tienen que hacer recuento de las desgracias de todo el año y eso cabrea a los más jóvenes, “siempre estáis hablando de cosas desagradables”. Y de las broncas alrededor de la mesa, ¿quién se libra?

Luego está el famoso consumo. La Navidad cristiana se ha convertido en el mayor acontecimiento mundial del solsticio de invierno, de manera que la barata industria china es la que proporciona ya el mayor número de estrellas de Belén y papás Noel al comercio de la temporada. Pero está claro que más allá del nivel de subsistencia no se consumen bienes materiales sino símbolos sociales que alimentan mejor o peor nuestra autoestima y nuestra seguridad. He ahí el origen de engorrosas y supersticiosas decisiones que nos ponen de los nervios y que agigantan el pequeño pero temible horror cotidiano. Porque la Navidad lo que pretende es conjurar aquella radical inseguridad que la Biblia y los villancicos clásicos han transmitido: dice la Virgen Madre, “Hijo mío que os haría / que no tengo en qué os echéis”.

Diciembre 2002

Cuento de San Silvestre

A través de la soleada ventana podía vigilar en la casa de enfrente las muecas de “Rascayú”. Aquel perro sin raza ni vergüenza llevaba dos días enteros dando saltos de habitación en habitación. Rafael empezaba a preocuparse. En su pequeño estudio, con el piano, los teclados, el ordenador, había demasiada calefacción pero él, desde luego, no pensaba quitarse ni la bufanda porque siempre había creído que a su edad los resfriados son traicioneros. Cenaría allí mismo el caldito y el besugo al horno para seguir por la tele la gala de medianoche. Hacía una semana que había enviado por correo electrónico los archivos de sonido con el material para los ensayos del intermedio y los ballets. Música brillante y al minuto la suya, eso lo reconocían hasta en la multinacional que pronto le jubilaría. (¿Cómo se llamaba? ¿Asturecords o Audioastur? Menudos eran ellos para adaptarse al terreno o a lo que hiciera falta...). Era media tarde y entre la arboleda podían distinguirse, en los ventanales del otro lado de la calle, ora las bamboleantes orejas, ora las nerviosas patas de “Rascayú”. De repente Rafael subió el volumen con el mando a distancia y en la enorme pantalla –le gustaban las pantallas grandes- apareció el pinta aquel: un individuo mal encarado que vestía pantalón pata de elefante y camisa color violeta. “La hora de Rafa” era un programa de moda en el que Rafa sentenciaba en el acto las ilusiones artísticas de un montón de jovencitas y jovencitos de abigarradas cualidades. Rafa por aquí, Rafa por allá, cantaba sumiso el coro de aspirantes. Con razón decía su madre –masculló Rafael- que éste llegaría lejos con la cara dura que tiene. Primero la revolución, después la movida y ahora el “casting”. El mundo es un casting donde quien gobierna promueve la competición y otorga el triunfo.

Pasó la hora de Rafa, pasaron muchas horas y Rafael no se dio cuenta de que el tiempo había cambiado. Un frío intenso y una lluvia huracanada rodeaban el chalet de su hijo mientras él se ensimismaba en sus recuerdos: aquel tribunal que le había relegado a un puesto secundario en el examen de piano. Pero él al menos se había despedido tocándoles “Tengo una vaca lechera”. A punto de sonar las campanadas del nuevo año, Rafael volvió en sí. En medio del aguacero cruzó la calle armado del mando de la tele y rompió la vidriera del salón. El can saltó fuera con un gruñido de alivio. Por lo menos Rascayú y él se comerían el besugo en paz y compañía.

Diciembre 2002